presentó Gastón, á quien había despertado el ruido; se enteró de lo que pasaba, saltó sobre el joven animal y se internó en el sendero seguido por Roger, con la ligereza de una sombra.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

XVIII.

Trinidad era ciertamente el único que podía alcanzar á Roger y conseguir que volviese, porque yo no creía en modo alguno en el capricho de un paseo nocturno. Subí corriendo á su cuarto con la esperanza de encontrar en él alguna carta, y en efecto, encontré una dirigida á mí.

«No digáis á mi madre que he venido á Flamarande. Nadie me ha visto más que vosotros tres. Dile que he partido á un viaje de recreo y distracción. Estaré ausente uno ó dos meses. Procurad que no se inquiete.

»Exijo que ignore en absoluto lo ocurrido ayer noche. Que crea que yo nada sé, y que obre como le parezca más conveniente. Yo me conformaré con su voluntad, cualquiera que ésta sea.

ROGER.»

No había duda; el pobre muchacho había adivinado la verdadera causa del destierro de Gastón, y compartía el error de su padre y el mío. Advertí á Ambrosio que debía guardar silencio hasta nueva orden. Le aconsejé que se acostase de nuevo, y me dispuse á volver á buscar á Mr. de Salcedo para informarle de lo ocurrido y convenir con él en lo que debíamos decir á la Condesa si sus hijos no volvían en aquella misma mañana.

Encontré al Marqués en el subterráneo. Le dí cuenta de todo, y pareció no inquietarse mucho.

—Gastón calmará á su hermano—me dijo—y le hará volver. Salgamos á su encuentro. He traído el documento que me entregasteis, y él pondrá fin á toda discusión.

Salimos del subterráneo y tomamos el sendero recorrido por ambos jóvenes. El sendero salía al camino ordinario á alguna distancia. Era efectivamente demasiado peligroso para correr por él á caballo, pero no encontramos señal alguna de accidente, y ya en el camino, pudimos seguir con facilidad la pista de ambos caballos, mezcladas una con otra, lo que probaba que no iban juntos, que no se habían encontrado aún.

Anduvimos dos horas próximamente á buen paso y sin hablar palabra. La huella de los caballos continuaba, revelando siempre la misma persecución del uno tras del otro, sin punto de encuentro. Por fin, cuando nos aproximábamos ya á la *Violete* vimos volver á Gastón solo, al paso de su caballo y llevando del diestro al de Michelin. Al percibirnos se apeó, cogió á ambos caballos de la brida y fué á nuestro encuentro, pálido, pero no triste ni asustado.

—Estáis intranquilos, y voy á deciros lo que ha ocurrido—dijo, sin esperar nuestras preguntas.—Entremos en el bosque y podremos hablar sin que nos interrumpan los transeuntes.

Nos separamos efectivamente del camino. Gastón ató los caballos á un árbol y nos echamos sobre la hierba. Los tres estábamos fatigados. Después de reflexionar un instante como para reasumir sus impresiones, Gastón nos refirió así su conversación con su hermano:

—No pude alcanzarle hasta que llegó á la *Violeta;* corría como el viento. No quería tampoco detenerse allí, pero su caballo había perdido una herradura y se había roto el casco. Esto le obligó á apearse, muy contrariado, porque había visto que yo le seguía de cerca y que no podía evitar mi presencia.

—¿Qué me queréis?—me dijo.—¿No tengo el

derecho de pasearme sin sufrir vuestra persecución?

—Mucho habéis cambiado desde anoche, según parece—le repliqué;—pero no podemos explicarnos tan cerca de estas gentes que curan á vuestro caballo. Tened la bondad de salir conmigo un momento.

—No tengo ganas de explicaciones. Quiero permanecer aquí. Dejadme en paz.

Dije en voz baja al posadero, á quien Roger había pedido un refresco, que se le sirviese en el jardín, y me alejé un poco. Cuando ví á Roger en aquel jardinito que está detrás de la cuadra, y en el que podíamos hablar libremente, me acerqué á él, y como no me hablase é hiciese como que no me veía, tomé un vaso y me senté enfrente de él. Continuó un momento el mismo silencio.

—¿Luego no es cierto que seamos hermanos?—dije chocando mi vaso contra el suyo.

—Perdonad—me respondió con aire sombrío y sin tocar á su vaso;—á lo menos lo somos por parte de madre, que es la más segura.

Aquellas palabras me parecieron odiosas. Hasta entonces me había figurado que se trataba de un rapto de celos filiales, y me encontraba dispuesto á sacrificárselo todo y á sufrir cuanto quisiese hacerme ó decirme. ¿No es cierto que es un niño mimado, y que yo tengo también el deber de mimarle? Pero una duda, un ultraje á nuestra madre, me pareció insoportable; noté que la cólera se apoderaba de mí, y no respondí nada por temor de responder demasiado. Él creyó que con mi silencio aceptaba la imputación, y viendo que sufría, continuó:

—Después de todo, no te quiero mal á tí. Si eres feliz, no es culpa tuya. Veamos: ¿qué has decidido? ¿Prefieres ser el hijo adoptivo de Mr. Alfonso, ó el jefe de la familia Flamarande? ¿Eliges una posición ó la otra, ó tratas de acumular ambas?

Yo le dije lo que sé y lo que presumo.

—Mr. de Salcedo quería adoptarme, creyendo aparentemente que no tenía ni nombre, ni posición, ni estado en el mundo. Cuando sepa quién soy, no volverá probablemente á pensar en ello.

Se dibujó en sus labios una amarga sonrisa.

—¡Ah! ¿tú crees que Mr. de Salcedo ignoraba quién eres? Eres demasiado cándido. Mejor para tí. ¡Cuando te digo que has nacido con buena estrella! ¡Vamos, vamos, vuélvete á tu sonrosado idilio, y que el cielo te bendiga! Yo me voy á tomar aires lo más lejos posible de esta poesía campestre.

—¿Á dónde vas?

—¡Donde Dios quiera! ¿Á tí qué te importa?

—Quiero saberlo.

—No tengo por qué darte cuentas.

—Perdona; soy tu hermano mayor y eres todavía menor de edad.

—¡Mi hermano mayor! Está bien. ¡El jefe de mi familia! ¿Y vais á darme órdenes vos?

—Sí, yo, el Conde de Flamarande; os trataré como á un niño que sois. Os impediré martirizar á vuestra madre con una fuga que es la confesión de una sospecha infame. ¡Oh! sí, lo comprendo todo. Podré ser cándido, pero no soy necio. No creáis que he vivido hasta ahora sin preguntarme quién era mi padre; y sin embargo, nunca ha entrado en mi espíritu la infame creencia de que Mr. de Salcedo me engañaba al jurarme que no lo era él. Creo en lo que es cierto, pero me encuentro lejos de la locura. Pero vos..... Yo no quiero decir que vos mentís, pero veo que desde ayer tarde han imbuído en vuestro espíritu una odiosa é infame mentira. Es preciso que me digáis quién ha extraviado así vuestra razón, porque quiero tratar como merece á ese calumniador.

No quiso responderme, pero yo adiviné muy bien, y creo que la persona á quien aludía no está muy lejos.

Al hablar así, Gastón me miraba con aire indignado, y yo me sentía desfallecer. Mr. de Salcedo tomó vivamente la palabra.

—Te equivocas—le dijo.—La persona á quien acusas fué esta mañana á llevarme esta prueba.

Y puso ante su vista la declaracion del Conde de Flamarande.

Yo observé á Gastón mientras la leía. Su rostro no se alteró ni un segundo. ¡Él no había dudado de su madre! ¡Ni siquiera le extrañaba la declaración de su padre! No hizo reflexión alguna, dobló el papel y se lo devolvió á Salcedo.

—Continúa tu relato—le dijo éste.—¿Por qué vuelves solo? ¿dónde está Roger?

—No os inquietéis por él; os contaré el resto. Al verme irritado se enfureció á su vez. Me dijo que yo era quien mentía. Nunca había él acusado á su madre; yo era quien le atribuía sentimientos odiosos. Quería echármelas para con él de pedagogo, y no estaba de humor de sufrirlo. Ya estudiaría el medio de escapar á una autoridad que no aceptaba en modo alguno. Todo podría yo arrebatárselo, menos su libertad.

Hablando así y contradiciéndose á cada palabra, como un hombre que no está en su juicio, bebía á repetidos sorbos una botella de Ginebra que le habían servido.

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.

—Os emborracháis—le dije—procurando separar la botella. Pero él la volvió á coger, diciendo:

—Mejor; eso es precisamente lo que deseo: emborracharme y hacerme malo. Soy un cordero dispuesto á dejarme esquilar, y es preciso que me convierta en un lobo salvaje. Ya se han pasado los tiempos de las ilusiones románticas. He vivido como hijo único y me he habituado á serlo; preciso será que me acostumbre á vivir huérfano. ¡Prefiero esto á vivir esclavo.

Y quiso volver á beber de aquella maldita botella; pero yo se la arranqué de las manos y la arrojé al arroyo. Entonces él se lanzó sobre mí para pegarme. Yo le cogí por el cuello y le doblé como si fuera un junco; pero al mismo tiempo, impulsado por el cariño y por la piedad, acerqué su cabeza á mi boca y le besé en la frente, diciéndole:

—¡Lo ves! te destrozaría si no te adorara. Vamos, caprichoso, vuelve en tí y retornemos juntos al lado de nuestra madre, que nos pondrá de acuerdo diciéndote que tú eres su preferido. Yo, por mi parte, la diré que tiene razón en preferir al que ha criado y educado por sí misma. La ayudaré á hacerte más dichoso aún con su ternura. En cuanto á tu fortuna, yo no la quiero, no sabría qué hacer de ella. ¿Para qué había de quererla, teniendo

lo necesario y estando acostumbrado al trabajo? Conservarás también tu título, porque yo, un aldeano, me parecería á mí mismo y á los demás ridículo con un título de nobleza. Lo que yo quiero es quedarme en Flamarande y casarme con Carlota; seré tu colono: ¡ése es el colmo de mis aspiraciones!

Roger había ocultado la cabeza entre las manos; creo que lloraba de cólera, en tanto que yo deseaba verle llorar de ternura.

—Me habláis como á un niño—me dijo—y eso no me conviene. A partir del día de hoy soy ya un hombre; conozco que la desgracia me ha hecho envejecer diez años. Me habláis de títulos y de riquezas como se prometen dulces á un niño para que calle. Sabed, señor Conde, que yo, educado como un caballero, soy más caballero que vos, educado como un filósofo. Vos tenéis ideas de aldeano. ¡Suponéis que lloro mi corona de conde y mis escudos! ¡Me hacéis, en verdad, bien poco favor! Os diré lo que lloro, ya que no lo adivináis. Lloro el amor de mi madre, que me voy á ver en la precisión de herir con mi alejamiento de vos. Lloro también el orgullo y la alegría de verla rodeada de respeto y de veneración. Ahora conozco ya la causa porque fuisteis desterrado del hogar paterno. Si la sospecha á que habéis sido sacrificado es

ó no injusta en el fondo, no podemos saberlo nosotros, y reconozco como vos que debemos rechazarla de nuestros corazones; pero no dudéis que renacerá en el espíritu de cuantos nos vean reaparecer, y en lugar de tener amigos arrodillados ante la vida de una santa, tendremos curiosos llenos de malicia ó burlones á quienes castigar. Tanto vos como yo cumpliremos con nuestro deber; así lo espero; pero no se persuade á las gentes á estocadas ni á pistoletazos, y cuanto más ruido hagamos en derredor de la honra de nuestra madre, más resaltará sobre su blanco vestido esa negra mancha que no podremos lavar con toda nuestra sangre.

Aquellas palabras de mi hermano penetraron en mi pecho como un puñal. No estaba borracho; estaba sobreexcitado, y la verdad salía en toda su crudeza de sus labios. Me puse de rodillas, y estrechándole en mis brazos, le dije:

—Te agradezco infinito esta revelación; hasta ahora no me había dado cuenta de la verdad. Te hubiera sacrificado todos mis derechos por amor á tí; ahora comprendo que debo renunciar en absoluto á ellos por el honor de nuestra madre. La injusta sospecha del Conde de Flamarande pesaría sobre ella toda su vida, y yo odiaría á mi padre, á

CAPILLA ALFONSINA
Biblioteca Universitaria
U. A. N. L.

pesar mío, por haber impreso en ella, por mi causa, esa mancha imborrable. No quiero llegar á ese punto. Quiero amar á mi madre sin ser nunca causa de sufrimientos para ella. ¡Bastan las lágrimas que la he costado ya! Quiero olvidar á mi padre, no saber que ha existido, y no oirle nunca excusar ni injuriar, puesto que no es posible justificar al uno sin acusar al otro. Quiero, pues, ser sencillamente *Trinidad* y continuar siéndolo toda la vida, y todo lo más *Trinidad* Michelin por contrato de matrimonio. No te atormentes, por lo tanto; ningún cambio habrá en tu modo de vivir. Si mi madre había aceptado que me reconociese otro, también aprobará que persista en permanecer desconocido. Vamos, devuélveme tu cariño y tu amistad, que tan dichoso me hicieron anoche. En público tú serás siempre el señor Conde, mi amo; en secreto serás mi hermano, y el misterio hará más sobrosas y más dulces mis expansiones con nuestra madre y contigo.

Él me abrazó anegado en lágrimas; sin embargo, no estaba aún consolado.

—Eres bueno como un ángel—me dijo—pero eres demasiado romántico y no consideras que las cosas no siempre van en la vida á medida de nuestros deseos. Además, tú estás enamorado, y

¿crees que Carlota, si te casas con ella y tenéis hijos, aceptará tu sacrificio?

—Carlota nada sabe y nada sabrá.

—Sueñas imposibles. Aun cuando tuvieras la fuerza de voluntad de ocultarla semejante secreto, tú mismo, cuando seas padre de familia, comprenderás que no tienes el derecho, á no ser que quieras imitar á nuestro padre, de privar á tus hijos de su estado civil y de su herencia. Te dirás entonces á tí mismo que una partida de nacimiento es siempre un título imprescriptible, aun cuando el marido celoso reniegue del hijo nacido en el matrimonio. La ley tiene razón. Si bien consagra ciertas imposturas de hecho, protege en cambio á gran número de hijos contra el capricho de sus padres. Toma el partido del débil y del indefenso, y es una buena ley á pesar de sus inconvenientes. Preciso es someterse á las leyes fundamentales que rigen á la sociedad, y no he de ser yo quien me revuelva contra ellas. Yo sería un miserable, un expoliador, un ladrón á mis propios ojos, si consintiese en despojarte de tu herencia. No podría mirarte frente á frente, y en vez de bendecir á tus hijos enrojecería ante ellos. No. Lo que sueñas y pretendes es una quimera. Nuestra situación es imposible si tratamos de salir de ella sin daño de

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.

nadie. Preciso es aceptarla y sufrirla tal como es. Ahora ya conoces la causa de mi martirio; déjame sufrir á mí que sé mejor que tú lo que es el mundo. Déjame sufrir solo, te lo suplico; siento necesidad de estar solo. Me voy, pero amándote tanto ó más que antes y admirando la nobleza y la sencillez de tu carácter. Ambos sufriremos cuando tú conozcas la sociedad, de la que no tienes noticias más que por los libros. Nuestro consuelo será amarnos, estimarnos el uno al otro y endulzar á nuestra madre los disgustos que la esperan.

—¡Y para empezar—le dije—la abandonas en semejantes circunstancias! ¿Crees que no adivinará lo que significa tu súbita y loca partida? Mucho ha sufrido por mí, pero de tí sólo había recibido hasta ahora alegrías y consuelos. ¡Oh! ¡te ruego que no sufra jamás por tí, que no tenga que llorar por los dos!

Roger estaba enternecido.

—Pues bien—respondió—te prometo no partir así. Necesito calmarme aún; me encuentro débil; no soy un estoico como tú, que en un instante tomas tus resoluciones. Tengo que reflexionar. ¡Qué quieres! Nunca he sufrido; mi madre me ha ocultado siempre sus lágrimas, y no he aprendido á tener valor; pero la adoro. ¡Oh, sí! ¡eso sí! adoro

á mi pobre madre, y yo me arreglaré para no producirla nuevas inquietudes. Voy á continuar mi paseo hasta Leville. Decidla que había abandonado demasiado bruscamente á aquellas honradas gentes, que he comprendido mi error y he vuelto á reparar mi falta de finura. Esta noche volveré á Flamarande, y te exijo que no la hables de lo ocurrido entre nosotros. Yo tampoco quiero hablarla; me faltaría el valor; quiero aparentar que lo ignoro todo. La diré que me aburro en Auvernia, y que no pudiendo presentarme aún decorosamente en la sociedad de París, prefiero continuar viajando; consentirá de seguro en ello, y podré partir sin asustarla. Durante mi ausencia ella se ocupará de regularizar tu posición, y todos esos detalles, todas esas explicaciones que tanto temo, estarán terminados cuando vuelva. No tendré que hacer más que aceptar los hechos consumados, y los aceptaré con valor, te lo juro. Tal era mi intención cuando salí esta mañana de Flamarande. Persisto en ella, pero convengo en que mi partida era demasiado brusca y en que hubiera sido difícil ocultar mi venida á nuestra madre, á causa del caballo que hice la tontería de traerme.

—No, será muy fácil ocultar á nuestra madre tu llegada á Flamarande. Yo no he dicho á nadie

más que á Susana que habías entrado por la ventana; ella es la discreción misma y se callará. Sólo Carlos y Ambrosio saben que tú trajiste el caballo. Yo diré á Michelin que estaba desherrado y se había herido un casco, por lo que le traje aquí, puesto que el posadero es el mejor veterinario del país. Todo se arreglará sin que nuestra madre sufra la menor inquietud; en otro caso, si supiese tu repentina llegada y tu inopinada marcha, adivinaría tu disgusto, cuando le dieses cuenta de tus proyectos de viaje. Espero que renunciarás á él hasta que la hables, y en todo caso estoy seguro de lograr que renuncies en cuanto estés tranquilo. No te he dicho aún todo lo que tengo que decirte.

—Ya me has dicho bastante por ahora—me contestó, secando sus ojos enrojecidos por el llanto;—vuelve á llevar el caballo, y yo iré á pie hasta Leville. Almorzaré allí, y acaso me decida á quedarme á comer, si no me aburro demasiado. En todo caso estaré de vuelta en Flamarande antes de la puesta del sol, y entonces seré ya dueño de mí; así lo espero al menos.

Me estrechó ambas manos, y yo le dejé partir, convencido de que tenía, en efecto, necesidad de calmarse y de reflexionar, y de que era preciso no pedirle demasiado de una vez.

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.